

Colegio San Ignacio El Bosque, 1º de mayo de 2006

Discurso a los laicos de espiritualidad ignaciana

*Peter-Hans Kolvenbach SJ
Padre General*

Con mucha alegría vengo a este encuentro con ustedes, laicos de espiritualidad ignaciana, porque siento que estamos unidos por personas, experiencias, afectos, obras y proyectos comunes.

En efecto, muchos de ustedes son parientes y amigos de jesuitas, nos ayudan en nuestras obras o nosotros los ayudamos en las de ustedes. Han sido o son alumnos y alumnas de colegios jesuitas y de otros colegios ignacianos fundados por ustedes, en que los jesuitas les colaboramos. También trabajamos juntos sirviendo al Señor en muchas parroquias y capillas y en otras muchas instituciones.

Ustedes pertenecen a asociaciones laicales que la Compañía desde antiguo apoya y acompaña, como son la Comunidad de Vida Cristiana (CVX), la Asociación de Ex-alumnos y el Apostolado de la Oración con el Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ). Están también aquí los diversos voluntariados de mayor o menor explicitación ignaciana, entre los que deseo destacar "Techo para Chile" y "En Todo Amar y Servir". Como servicio de difusión y apoyo a esta extensa red de personas e iniciativas, algunos de ustedes han creado la red denominada "Laicos Ignacianos". Pido disculpas por no nombrar a todos los demás grupos donde trabajamos juntos -- son demasiado numerosos -- y les ruego que se den por nombrados.

Gracias a esta voluntad de relacionarnos y trabajar juntos, ustedes y nosotros hemos podido llevar adelante otros proyectos de largo alcance, como ser la Universidad Alberto Hurtado, los Centros de Espiritualidad y la revista Mensaje. Juntos hemos podido potenciar el Hogar de Cristo, que se extiende por todo el país y traspasa hoy día sus fronteras, sirviendo a los más pobres. También hemos visto florecer obras nuevas de fuerte impronta laical, como la Fundación Trabajo para un Hermano, varias fundaciones educacionales en sectores de pobreza, colegios ignacianos en sectores emergentes, la asociación Fe y Alegría.

Lo que nos mantiene unidos en este bosque frondoso de personas y de obras es nada más y nada menos que el vínculo de la caridad, que el Padre Dios derrama en nuestros corazones. Somos sus hijos en su Hijo Jesucristo, que es el principio y fundamento de nuestras vidas, y que nos llama a colaborar con Él para que todos seamos y vivamos de verdad como hermanos.

Esta unidad gratuita y sustancial se refuerza por el hecho de que vivimos una forma particular de ser cristianos, que nos viene de Ignacio de Loyola y que llamamos la espiritualidad ignaciana.

Florecer de espiritualidades

Vivimos en una época en que florecen las espiritualidades, tanto las antiguas (benedictina, franciscana, dominica, ignaciana...) como las más recientes (Charles de Foucauld, Opus Dei, Schönstatt y otras muchas), con la particularidad de que numerosos cristianos laicos las comparten junto con sacerdotes, religiosos y

religiosas. Las espiritualidades particulares no son lo sustantivo de nuestro ser creyente, pero sí son una ayuda importante para que seamos mejores cristianos, para capacitarnos más a amar a Dios y encontrarlo en todas las personas y situaciones en que nos toque vivir y para servir al mundo en sus intentos por ser más libre con la libertad que Cristo quiere darnos.

Esta diversidad de espiritualidades, dentro de la unidad cristiana, es señal de vitalidad. En el fondo es signo de la inagotable fantasía y laboriosidad del Espíritu de Cristo para vivificar su Iglesia y responder a las necesidades de determinados tiempos y circunstancias. Debieran ser motivo de regocijo para todos. Han de vivirse sin malsanas competencias ni exclusiones. Hoy día hace falta que los movimientos laicales dialoguen más entre sí y se animen a celebrar en común su diversidad carismática. Así resplandecerá mejor la unidad de la Iglesia y se potenciará su dinamismo evangelizador "para que el mundo crea" (Jn 17, 21).

La espiritualidad ignaciana

Nosotros los ignacianos venimos de Cristo y somos suyos. Pero Cristo ha querido que a la vez vengamos de Ignacio, cuya vida, reflejada en los Ejercicios Espirituales, nos ha marcado hasta muy adentro, para mejor conocer, amar y servir a nuestro Señor en todo y en todos.

Muchos de ustedes han hecho los Ejercicios, y a los que aún no los han hecho – pienso en Ejercicios serios, tomándose el tiempo necesario – los invito a hacerlos, como el mejor regalo que les puedo desear. Por la experiencia de los Ejercicios sabemos cómo el conocimiento y el amor a Cristo se van adentrando en nosotros con las contemplaciones de su vida y los coloquios que hacemos con Él, "como un amigo habla a otro amigo" (EE 54). A medida que Cristo se arraiga más en nuestro corazón, comprendemos mejor el famoso *MAGIS* ignaciano, que no consiste en apretar puños ni en delirios de grandeza, sino en abrirnos confiadamente y con discernimiento espiritual a las gracias abundantes que Dios quiere darnos, "para que su santísima voluntad sintamos, y aquélla enteramente la cumplamos" (final de muchas cartas de Ignacio). En una palabra, es el juego dialéctico entre el "dame tu amor y gracia que ésta me basta" y el ofrecernos por entero -- "todo nuestro haber y poseer" -- para trabajar con Cristo en la obra del reinado de su Padre.

Estas experiencias hondas son las que de verdad nos constituyen en "ignacianos". Para ser ignaciano no es indispensable ni basta haber estudiado en uno de nuestros colegios. Ni se reduce lo ignaciano a una categoría sociológica que expresa una sensibilidad social o una corriente socio-ecclesial. Es algo mucho más profundo, que tiene que ver ante todo con Cristo y con hacernos más cristianos, es decir, mejores discípulos y servidores de Cristo en su Iglesia.

A fuerza de contemplar a Cristo y al mundo, y preguntarse "lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo y lo que debo hacer por Cristo" (EE 53 y 109), Ignacio se llenó de Cristo y nos dejó su camino para que también nos llenemos de Él y así ayudemos a los prójimos a conseguir el fin para el que han sido creados.

El Padre Hurtado, camino para los ignacianos de hoy

Ya desde colegial Alberto Hurtado hizo suyo el camino de Ignacio. Después, como estudiante universitario, la pedagogía de los Ejercicios lo llevó a ser un laico irradiante y lo condujo a la Compañía de Jesús y a la santidad. Alberto Hurtado es Santo, Santo jesuita y Santo chileno, porque siguiendo el camino espiritual de San Ignacio, se hizo otro Cristo, un Cristo para quien Chile estaba siempre en el horizonte de todos sus cariños y desvelos. Y por hacerse muy de veras un Santo local, la Iglesia lo propone como Santo universal

En su reciente encíclica "*Dios es amor*" el Papa Benedicto nos recuerda que los Santos traen luz y energía al presente porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor (40). Después de morir, ellos todo en Dios, siguen muy activos en nuestro mundo, sin alejarse de nosotros sino haciéndose aún más cercanos a nuestras voces y necesidades (42).

Esto me motiva a compartir con ustedes algunos pensamientos sobre la gracia que San Alberto Hurtado significa tanto para ustedes, cristianos laicos de formación ignaciana, como para nosotros, jesuitas, y para nuestra mutua colaboración en la misión de Cristo en el futuro.

Alberto, como Ignacio, también se preguntó siempre "¿qué haría Cristo en mi lugar?", y todo él se llenó de Cristo, se hizo un reflejo suyo. Su vida toda, sus palabras y realizaciones apuntan a Cristo y a que lo demos a conocer a un mundo, a un Chile, que lo ansía sin saber que Él es la respuesta a todos sus anhelos y necesidades.

La búsqueda del Padre Dios

El Padre Hurtado vive en constante búsqueda de Dios Padre y nos dice que lo primero que hemos de hacer es buscarlo porque sin Él no podemos vivir, ya que Él nos buscó primero y puso en nosotros ese anhelo insaciable de estar con Él para siempre. Nos invita a dejarnos maravillados por la inconmensurable grandeza de su misterio, por su providencia infaltable y por su amor y misericordia infinitas. Y que nunca perdamos de vista el cielo, la alegría sin fin de la casa paterna, el encuentro final en Dios de todos y de todo.

Tengamos pues siempre presente sus palabras: "*El alma humana no puede vivir sin Dios. Espontáneamente lo busca... Y cuando lo ha hallado, su vida descansa como en una roca inmovible; su espíritu reposa en la Paternidad Divina, como el niño en los brazos de su madre*"¹.

Con su encíclica "*Dios es amor*" el Papa nos invita a volver al centro de lo cristiano, a lo que importa más que mis propios sentimientos religiosos o que el cumplimiento de ciertas prácticas que yo mismo me haya impuesto. La vida y el mensaje liberador de San Alberto nos llevan a la fuente del amor, que es Dios Padre.

Jesucristo el camino

Ante los individualismos espiritualistas de hoy ("lo que yo siento", "mi propio feeling"), el Padre Hurtado nos hace mirar al Cristo bien concreto: al de Belén, al de las muchedumbres, al de los leprosos, al de los pecadores, al del Calvario y la tumba, al que resucita en su cuerpo, al de la Iglesia santa y a la vez pecadora, al que se nos da

¹ La búsqueda de Dios (=BD), Santiago (2005), 125s.

en la Eucaristía. Él es el único camino al Padre, nuestro compañero y amigo de ruta, el modelo de nuestra santificación, y no hay otro. La búsqueda de Dios se resuelve en Jesucristo, que realiza la pasión divina por el hombre y lleva a la humanidad a Dios.

Hemos de vivir con Él y como Él, contemplar sus rasgos en los evangelios y reconocerlo en los prójimos. Que de tanto contemplarlo nos arda el corazón por Él y su proyecto. Como él decía: "Amar a una persona es hacer lo que ella quiere". Que nos volvamos locos, "chiflados" por Él y por sus cosas. Él es la Cabeza y nosotros formamos su cuerpo, el Cristo completo. Él derrama en nosotros el Espíritu Santo, que nos enciende en amor y nos envía en misión a ayudar a todos con la verdad del evangelio. Así nuestro mundo se va cristificando.

Este amor a Jesucristo se alimenta especialmente de la Eucaristía. *"Después de la comunión, quedar fieles a la gran transformación que se ha operado de nosotros. Vivir nuestro día como Cristo, ser Cristo para nosotros y para los demás: ¡Eso es comulgar! Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros debería revolucionar nuestra vida..."*².

El Cristo total: amor apostólico, solidaridad y sentido social

La contemplación ignaciana del "Llamamiento del Rey eternal" la hace Alberto Hurtado en clave de Cuerpo Místico. El amor a Cristo debe ser a todo Cristo: *"Al buscar a Cristo es menester buscarlo completo...El que acepta la encarnación la ha de aceptar con todas sus consecuencias y extender su don no sólo a Jesucristo sino también a su Cuerpo Místico...cuyos miembros somos o estamos llamados a serlo los hombres sin limitación de razas, cualidades naturales, fortuna, simpatías"*³.

De aquí brota para AH el amor apostólico. Sus palabras nos purifican del pensamiento, hoy tan en boga, de que no hay que preocuparse de evangelizar a los demás, porque Dios de alguna manera se las arregla para salvarlos a todos: *"Entre los deseos más queridos de Cristo está el de que amemos a nuestros hermanos con el mismo amor que él demostró por ellos. Por eso mi vida cristiana, ha de estar llena de celo apostólico, del deseo de ayudar a los demás, de dar más alegría, de hacer más feliz este mundo"*⁴.

Para San Alberto es evidente que el apostolado es cosa de amor: anunciamos la Buena Noticia a los demás, porque la felicidad de poseerla nos arde por dentro y queremos que otros muchos la reciban y la gocen y alimenten por una intensa vida interior.

El estar en Cristo funda una misteriosa solidaridad: *"...todos somos solidarios... hay entre nosotros, los que formamos "la familia de Dios", vínculos mucho más íntimos que los de la camaradería, la amistad, los lazos de familia... somos participantes de todos los bienes y sufrimos las consecuencias, al menos negativamente, de todos nuestros males. Estamos asistidos por plegarias invisibles, rodeados de gracia que no hemos merecido, sino que nos han alcanzado nuestros hermanos"*⁵.

Esta solidaridad empuja al sentido social, que imprime rasgos muy únicos al amor cristiano: es grande, como el deseo de Cristo; es real y se traduce en obras y

² Archivo Alberto Hurtado, carpeta 50, documento 22.

³ Humanismo Social (=HS), Santiago (1974) p 226.

⁴ Archivo AH, 52, 12, 7.

⁵ HS, 31-32.

servicios escondidos en cada esquina del ajetreo diario; se sitúa dentro de la Iglesia y busca aprender de su doctrina; valora fuerte y decididamente la justicia y rechaza la superficialidad y el lujo; lleva a la moderación de la riqueza, a la sobriedad de vida y al hábito de trabajo continuado; posee los bienes no como propios sino en servicio de los demás; actúa en servicio de los pobres e impulsa a moldear el orden social nacional e internacional según los criterios de Cristo, lleva a la oración social cuya mejor forma es el Padre Nuestro⁶.

El Cristo total, Cristo en nuestros hermanos hombres y mujeres, Cristo especialmente en los pobres, hasta decir "el pobre es Cristo". Esta es la espiritualidad que subyace toda la obra del P. Hurtado. Este es el legado que nos deja, y que ustedes están llamados a hacer propio para que continúe haciendo el bien.

Mirar al mundo y "estar al día"

Asombra en Alberto Hurtado su continuo esfuerzo por mirar al mundo. Es una mirada cercana y muy activa. Es la mirada de la Trinidad en la contemplación de la encarnación. Es el mundo de las Dos Banderas, el campo de batalla a donde Cristo lo envía a ganarle amigos a su Señor⁷. Es algo muy de Ignacio que pide que quien envía en misión "tenga mucho miramiento...para que se haga siempre lo que es a mayor servicio divino y bien universal"⁸.

De aquí su empeño por "estar al día". Para ello baja a terreno, toma contacto, lee, estudia, se inserta, conversa con especialistas y escribe diagnósticos de la realidad, que los renueva y profundiza cada dos años. Sus libros *La crisis sacerdotal en Chile* (1936), *¿Es Chile un país católico?* (1941), *Humanismo Social* (1947) son reflejo de este esfuerzo de mirar al mundo y "estar al día".

Sus balances son realistas, basados lo más posible en datos bien comprobados, nada de impresiones vagas o subjetivas. Parten de un a priori favorable a las nuevas situaciones, tratando de buscarle el lado positivo a lo que sucede y a lo que el otro dice. Muestran a una persona que posee un juicio crítico inteligente y matizado, separando lo importante de lo que no lo es. Aparece muy libre, franco y humilde para exponer su propio parecer. Tiene una mirada siempre esperanzadora, que busca y propone soluciones eficaces, sin nada de lamentos destructivos ni de descalificaciones ofensivas (62, 59, 1-2).

Su visión del mundo moderno

Su visión del mundo de los años 50, la post-guerra marcada por el existencialismo de Jean-Paul Sartre y el reconocimiento público de los campos de exterminio, es estremecedora: ¡Tanto poder y tanta técnica para terminar con cincuenta millones de muertos! ¡Y, por reacción, la gente que puede hacerlo se lanza a una fiesta permanente de sensaciones fuertes, viajes exóticos y sitios de diversión!

Y con todo el hombre moderno tiene su alma triste, profundamente triste, se siente solo y busca aturdirse para no pensar. Se siente manejado por fuerzas extrañas que lo despersonalizan, humillado en su anonimato, disminuido por el abismo entre su

⁶ HS 32, 33, 120, 139, 89ss, 209, 199, 206, 268ss, 287-288.

⁷ EE 146

⁸ Constituciones 618

capacidad real y lo que la fantasía le permite soñar, rebajado, porque ni siquiera tiene algo propio que decir sino que repite lo que dice "su prensa", "su radio", "su grupo".

El P. Hurtado se pregunta por la causa profunda de esta tristeza y soledad. En su respuesta van saliendo múltiples temas: *"Los grandes ídolos de nuestro tiempo son el dinero, la salud, el placer, la comodidad: lo que sirve al hombre... El criterio de la eficacia, el rendimiento, la utilidad, funda los juicios de valor. No se comprende el acto gratuito, desinteresado, del que nada hay que esperar económicamente". "Toda la vida moderna es fiebre de acción: acción lucrativa o acción de diversión... todo es moverse, moverse, hasta llegar rendido a dormir para olvidar y no tener un rato para estar a solas consigo mismo? ¿Acaso no se tiene un miedo horrible a la soledad? ¿De qué conversaría conmigo mismo?"⁹ .*

Pero la razón de fondo es que hemos dejado a Dios fuera de nuestras vidas e instituciones, hemos construido una sociedad sin Dios. Una sociedad que, a pesar de tener ojos, no ve los resplandores de su presencia en el universo y en lo hondo del corazón humano, porque está deslumbrada por otros signos mucho menores pero más inmediatos. Y si piensa en Dios, es para hacer de Él un medio al servicio nuestro: le pedimos cuenta, juzgamos sus actos, y nos quejamos cuando no satisface nuestros caprichos. Dios en sí mismo parece no interesarnos¹⁰.

Lo que nos diría hoy el Padre Hurtado

Pidámosle ahora al Padre Hurtado que nos ayude a situarnos ante los desafíos del presente. "¿Qué nos dicen su vida, sus palabras, su ejemplo que nos pueda servir para ver lo que Cristo quiere de nosotros?". Se lo preguntamos en su doble calidad de Santo chileno, que nos quiere muy particularmente, y de especialista en esto de enfrentar los desafíos de los tiempos.

Mirar la realidad

Lo primero que nos dice es que miremos la realidad, que no le tengamos miedo, que la enfrentemos, que "estemos al día". Mirarla desde perspectivas amplias, con estudio riguroso y metódico, ojalá interdisciplinar. Uno de los frutos importantes de la colaboración de ustedes laicos con nosotros los jesuitas es precisamente que podemos sumar fuerzas para conocer bien los problemas del momento presente y buscarle caminos de solución. Pero no se trata solamente de mirar la realidad. Hurtado repetía la frase: "no para admirar, sino para realizar". El asunto es ayudar a mejorarla.

Un mundo distinto al suyo

San Alberto nos dice que el mundo de hoy no es el mismo que el suyo. Ha cambiado en aspectos importantes. Sus gozos y esperanzas, sus miserias y tristezas, aunque conserven semejanzas, son muy distintas a las de los años 50.

Con esto apunta a la globalización económica y mediática, al ocaso de las grandes utopías, a la reafirmación de la plena autonomía de la persona y su rechazo a sujetarse a sabidurías antiguas. Estamos en el individualismo y la "cultura nómada", que recorre el mundo en busca del sol que más calienta. Disminuye el poder del estado nación e

⁹ BD 123 y 209.

¹⁰ BD 121 y 122

imperan los intereses de los dueños de los grandes capitales, que controlan las ganancias y el poder. En consecuencia, aumenta la desigualdad y el 10% más rico se queda con la mitad de la torta. La masificación del consumo (itarjeta de crédito!) lleva a los ciudadanos a vivir en un estrés enfermizo, inseguros por el endeudamiento y por la delincuencia, que es el boomerang de una publicidad que promueve un consumo desenfrenado.

La lealtad a la patria y a los compañeros de trabajo queda subordinada a los intereses personales, y la gente se identifica mediante otros referentes: el status económico, el lugar de residencia, el colegio y la universidad, el club de fútbol, algo de religión, algún voluntariado o una determinada institución de beneficencia.

El gozo del momento presente, el *carpe diem*, se lleva toda la atención. Hay fascinación por lo nuevo, lo entretenido, lo que está en la noticia; pero muy poca sensibilidad a lo permanente y que construye futuro, a proyectarse en cosas de largo aliento. Esto provoca sensación de desarraigo, desorientación, inseguridad, falta de sentido. Desaparecen los puntos de referencia, los suelos firmes y las voluntades capaces de asociarse para obras grandes. Para mantener a la gente distraída se promueven eventos de toda especie y la televisión nos hace vivir en una continua farándula, el "pan y circo" de los emperadores romanos. Estamos llenos de medios pero nos faltan los fines. Si se habla de un retorno a lo ético, no se lo busca en función de valores trascendentes para todos, sino del bienestar de unos pocos.

Estos factores inciden en la Iglesia Católica. Siempre han existido estilos y maneras distintas de entender y vivir la fe. Pero lo que caracteriza a la situación intra-ecclesial de hoy es un cierto espíritu de bandos en competencia, con poca o nada voluntad real de dialogar entre sí. Las iglesias pentecostales aumentan en membresía, pero no en unidad y cohesión. La raíz católica de América Latina cede a la pluralidad de ofertas religiosas de otros orígenes, como el *New Age* y otros grupos inspirados en las religiones del Oriente.

Abundan motivos para estar preocupados. Hay gente muy afectada y triste por la desunión de los fervorosos, la brecha entre lo que la Iglesia enseña y lo que la gente vive, las extremas diferencias de nivel de vida entre ricos y pobres que atentan contra la Iglesia comunión, la deserción de los sacramentos, los escándalos de la pedofilia.

Por los años 60 también había disconformes con la Iglesia, pero su distanciamiento lo vivían con dolor, sintiéndose separados de ella. Hoy en cambio muchos viven la división y la disidencia sin problema, como algo que pertenece a esta Iglesia en crisis, y se hacen "católicos a su manera".

Por lo mismo, remar todos juntos

Este cuadro sombrío puede descorazonar a algunos. Otros se sentirán más estimulados a responder a estos desafíos. Está claro que los ignacianos no somos una especie de *Superman* que nos bastemos a nosotros mismos para darle al mundo la solución de todos sus problemas... aunque a algunos les cuesta no creerlo!

Ignacio, sin ironía, llama a la Compañía "la mínima" y quiere que nuestro "sentir en la Iglesia" se exprese en un remar con todos los demás que hacen que la Iglesia avance, bajo los que guían la barca de Pedro. Junto con reconocer nuestros aportes, hemos de comprender que los ignacianos constituimos sólo una porción muy pequeña de la Iglesia, y que la fuerza de la parte se valida por el trabajo del todo. Y no sólo

colaborar con la Iglesia sino con todos los que de mil maneras promueven el bien y la justicia.

En esto el Padre Hurtado fue realmente grande. Se puso al servicio del Ministerio de Educación y de los Obispos, colaboró con los laicos y con los religiosos, fue muy de la Compañía de Jesús pero a la vez muy cercano servidor del clero diocesano y religioso. La gente sentía que podían contar con él, porque no se dejaba aprisionar en bandos estrechos.

Insistir en lo fundamental: el todo "familia y educación"

Desde su propia experiencia de vida familiar, Alberto nos dice que cuidemos el hogar y la familia más extendida. Para él son claves: "todo lo que se haga pasar por el alma del niño...va a quedar allí profundamente grabado y va a ser causa de orientaciones en la vida totalmente diferentes"¹¹.

Ese gran pedagogo que él fue, especializado en las líneas más ricas de la educación, nos invita a renovar los colegios y a creer en los alumnos. Si los ayudamos a cultivar sus intereses presentes, estaremos formando al hombre del mañana.

El Padre Hurtado advertía que en los adolescentes y los jóvenes de los años 1930 al 50 había, en relación a los años anteriores, *un descenso del espíritu de sacrificio, del sentido del esfuerzo, de la noción de responsabilidad...Aspiran a una vida de fin de semana...con el máximo de placer y el mínimo de esfuerzo*¹².

Esto puede servir de consuelo a los papás y educadores de hoy. Pero acogamos con fuerza y mucha esperanza su pedido que ayudemos a los jóvenes a fortalecer su voluntad, invitándolos a hacer las cosas bien, a la abnegación, a la responsabilidad, a la puntualidad, al sacrificio y al compromiso. Espera, en una palabra, que sean *jóvenes que aspiren a la santidad, con un sentido heroico de su fe, que arrastren en pos de sí a sus contemporáneos para hacer nacer una nueva civilización*¹³.

El sentido social y el sentido del pobre

El Padre Hurtado vivió marcado por un vivo sentido social, que lo movía a interesarse por los demás, ayudarlos, cuidar y promover los intereses comunes. No se contenta con aliviar algunas necesidades. Busca llevar la moral hasta la raíz misma de las estructuras sociales y políticas. Crítico de su tiempo, lamenta que los católicos chilenos *"hayan preferido a veces el camino más fácil y aparentemente menos expuesto de llenar las lagunas de la justicia por una amplia caridad; pero se ha olvidado hacer confianza al pueblo para que se empeñe en su propia redención"* (Sindicalismo 520).

Seguro que él hoy se extrañaría al escuchar a gente que cree que, gracias a la macro economía y a las modernizaciones del país, ya no hay grandes necesidades sociales ni obligación de preocuparse del sentido social y de los pobres. Él no ve así la cosa. Los sueldos son todavía bajos y precarios, las deficiencias de la educación generan y mantienen las desigualdades sociales, el desempleo juvenil y profesional en algunas

¹¹ "Puntos de educación", en Obras completas, Santiago (2001) 283

¹² Ibid. 343

¹³ Ibid. 366

regiones del país es fuerte, un inveterado clasismo social privilegia dar trabajo a personas provenientes de sus mismos sectores, el acceso a la salud es muy desigual. Todo esto contribuye a mantener un sector importante de la población en la pobreza dura. Escuchémoslo hablar sobre el sentido del pobre: *"Tener devoción a cualquier santo no cuesta nada, son tan tranquilos, su vida es bonita. Pero un pobre es tan molesto... Tenerles devoción cariñosa, confieso que es difícil"* (47, 26).

A los miembros de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX)

Alberto Hurtado quiere hoy día recordarles algo que para él fue muy querido e importante: su pertenencia a la Congregación Mariana. Ingresó en ella a los 11 años y fue congregante activo durante 12 años, hasta que entró en la Compañía. La Congregación del colegio y la de universitarios fue su camino para conocer y amar más a Cristo, vivir la Eucaristía, hacer los Ejercicios ignacianos, discernir su vocación de jesuita, abrirse al mundo, vibrar con la justicia social, hacerse apóstol, catequizar a la juventud y visitar a los pobres.

En su experiencia de congregante de aquél tiempo ya se advertía de modo incipiente la nota de comunidad mundial de la actual CVX. Alberto, como Presidente de la rama universitaria, contribuyó a esto organizando el "Primer Congreso Panamericano de las Congregaciones Marianas" (septiembre de 1921), que fue uno de los pasos para formar la Confederación Mundial de Congregaciones Marianas (1954), que más tarde se transformó en la actual Comunidad Mundial de Vida Cristiana (1982).

La Congregación lo marcó de tal manera – lo dirá en confidencia a un amigo - que más tarde todo su trabajo con jóvenes en la Acción Católica fue seguir el modelo de formación y apostolado aprendido en la Congregación Mariana.

Por eso el Padre Hurtado pide con fuerza a los miembros de la Comunidad de Vida Cristiana que conozcan mejor el tesoro que poseen, que sigan siendo fieles a su misión apostólica y que tomen mayor conciencia de la importancia de invitar y convocar a otros a recorrer el camino CVX. Y a los jesuitas, reforzando los decretos de tantas Congregaciones Generales, nos pide otro tanto.

Palabras finales: un desafío

Quiero terminar mis palabras planteándoles un desafío a todos ustedes en mi calidad de Superior General de la Compañía de Jesús, Asistente eclesialístico de la CVX mundial y, en una forma que no sabría explicar en detalle, responsable de que se mantenga y difunda en la Iglesia el valor auténtico de lo ignaciano.

Ustedes tienen al Padre Hurtado como una enorme gracia para la Iglesia de hoy. Bien, los invito a ustedes ignacianos que acojan, cultiven y hagan rendir 50, 70, 100% esta gracia. En esto ustedes los chilenos tienen que llevar la delantera. Lo esperamos.

¿En qué estoy pensando? Desde hace años laicos y jesuitas estamos soñando en promover una amplia red apostólica, que nos vincule a todos los ignacianos y nos ayude a sacarle más partido a nuestro carisma, coordinarnos mejor y acometer misiones apostólicas de más envergadura, potenciándonos unos con otros¹⁴.

¹⁴ CG 34, d. 13, 21-22

Concurrirían a esta red tanto personas individuales como las asociaciones ignacianas que ya existen, como la Comunidad de Vida Cristiana, las Asociaciones de exalumnos, los voluntariados, la ingente variedad de obras e instituciones llevadas por ignacianos. Está claro que la adhesión a esta red sería libre y voluntaria. Asimismo la red no pretendería absorber a los que se le vinculen en una especie de nuevo sujeto apostólico, restándoles autoridad e iniciativa. La función de promover esta red debiera ser tarea principalmente de las mismas asociaciones ignacianas que ya existen.

Comprendo bien que les propongo un desafío muy grande. Ustedes y yo sabemos que es bonito que laicos y jesuitas trabajemos juntos, pero que no es fácil. Necesitamos convertirnos de hábitos de protagonismo, individualismo, pasividad, rutina, mal uso del tiempo que disponemos. Necesitamos buscar nuevas formas de organización, de ejercicio de la autoridad y el poder, de acceso y uso de los recursos. Es urgente que no nos invada también a nosotros esa segregación social que se ha instalado en nuestra sociedad. Tendrán también que sortear las legítimas tensiones entre los que buscan más visibilidad y los que prefieren el perfil bajo; entre los que se detienen en la formación y los que quieren ir rápido a la acción; entre los que favorecen las obras apostólicas comunes y los que piensan que cada cual ha de santificarse en su casa y en su trabajo particular. Se requiere conversar con altura, franqueza y esperanza de todo esto.

Para superar estas dificultades, no olvidemos que nuestro gran título de colaboración es el ser *colaboradores de Dios*, que es el que nos da el deseo y la energía para colaborar y hacer crecer lo sembrado (1 Cor 3, 5-9). Pónganse en sus manos mediante Ejercicios Espirituales hechos bien a fondo y que se prolongan en la oración cotidiana, en la vida sacramental y en la cercanía a los necesitados. Es la manera ignaciana de prepararse a colaborar con la obra salvadora de Dios.

Mi pedido a ustedes es que se unan y se pongan a trabajar para seguir tejiendo esa red apostólica ignaciana. Ya tienen mucho adelantado. Sigán construyendo. No esperen que otros les digan cómo hacerlo. Busquen ustedes. Lo que hace falta son hechos. Como decía el Padre Hurtado, las ideas y proyectos son "no para admirar sino para realizar". Adelante: van a hacer mucho bien y los jesuitas se lo vamos a agradecer.